



# Sevilla

en verde y violeta

Joaquín Vázquez Parladé

EDITORIAL UNIVERSIDAD DE SEVILLA

UNIVERSIDAD DE SEVILLA

ÍNDICE

JOAQUÍN VÁZQUEZ

*Sevilla*  
*en verde y violeta*



Sevilla 2017

Colección Bolsillo

COMITÉ EDITORIAL:

José Beltrán Fortes  
(Director de la Editorial Universidad de Sevilla)  
Araceli López Serena  
(Subdirectora)

Concepción Barrero Rodríguez  
Rafael Fernández Chacón  
María Gracia García Martín  
Ana Ilundáin Larrañeta  
Emilio José Luque Azcona  
María del Pópulo Pablo-Romero Gil-Delgado  
Manuel Padilla Cruz  
Marta Palenque Sánchez  
José Leonardo Ruiz Sánchez  
Antonio Tejedor Cabrera

Reservados todos los derechos. Ni la totalidad ni parte de este libro puede reproducirse o transmitirse por ningún procedimiento electrónico o mecánico, incluyendo fotocopia, grabación magnética o cualquier almacenamiento de información y sistema de recuperación, sin permiso escrito de la Editorial Universidad de Sevilla.

Edición digital de la primera edición impresa en 2004

© EDITORIAL UNIVERSIDAD DE SEVILLA 2017  
C/ Porvenir, 27 - 41013 Sevilla  
Tlfs.: 954 487 447; 954 487 451; Fax: 954 487 443  
Correo electrónico: eus4@us.es  
Web: <<http://www.editorial.us.es>>

© JOAQUÍN VÁZQUEZ 2017

ISBNe: 978-84-472-2105-9  
DOI: <http://dx.doi.org/10.12795/9788447221059>

Realización interactiva: Emiliano Molina

## Índice

CAPÍTULO I.....	11
CAPÍTULO II.....	15
CAPÍTULO III .....	19
CAPÍTULO IV .....	23
CAPÍTULO V.....	29
CAPÍTULO VI .....	39
CAPÍTULO VII.....	47
CAPÍTULO VIII.....	57
CAPÍTULO IX .....	73
CAPÍTULO X .....	81
CAPÍTULO XI.....	89
CAPÍTULO XII.....	101
CAPÍTULO XIII .....	109
CAPÍTULO XIV .....	119
CAPÍTULO XV.....	129
CAPÍTULO XVI .....	141
CAPÍTULO XVII.....	155
CAPÍTULO XVIII.....	167
CAPÍTULO XIX .....	173

CAPÍTULO XX.....	181
CAPÍTULO XXI.....	209
CAPÍTULO XXII.....	227
CAPÍTULO XXIII.....	247
CAPÍTULO XXIV.....	267
CAPÍTULO XXV.....	279
CAPÍTULO XXVI.....	303
CAPÍTULO XXVII.....	319
CAPÍTULO XXVIII.....	339
CAPÍTULO XXIX.....	363
CAPÍTULO XXX.....	381
CAPÍTULO XXXI.....	397
CAPÍTULO XXXII.....	419
CAPÍTULO XXXIII.....	437

## Agradecimientos

En primer lugar a Miguel Ángel Yáñez Polo que puso a mi disposición su soberbia fototeca para que escogiese las que considerase atractivas para que los lectores se pudiesen ambientar en esa Sevilla tan poco conocida de muchos de sus habitantes. Sin ellas este libro habría perdido mucho interés, si alguno he sabido darle con mi texto.

En segundo lugar, pero no menos importante, aunque sí muy trabajoso por las dificultades de colocación de las fotos al principio de cada capítulo, así como la coordinación de las que corresponderían a algún tema importante de dicho texto a mi colaborador informático Abel Moreno Suárez.

## CAPÍTULO I

### Principios de la familia en Zaragoza

Esta es la historia de un joven, hace nada niño, pues nació el 13 de Mayo de 1880, y que se crió en casa de un padre al que veía poco, y al que él creía viudo, junto con un hermano al que llevaba un año y la niñera de ambos, que para ellos fue una madre, y que se llamaba Obdulia; una situación más o menos normal para la de aquella época, si es que en aquella época había algo normal, y parece ser que sí, pues en todas las épocas los hay normales, y menos normales, y quizá anormales del todo, que no es el caso. Pero ya juzgarán ustedes, si la cosa iba de normalidades. Antes habrá que remontarse hasta el último tercio del siglo XIX para conocer a dicha familia en su totalidad y cómo y por qué aparecieron en Sevilla, en la que en realidad sólo apareció Robustiano Luis, que ya se llamaba Luis a secas.

Su familia procedía de Zaragoza, donde su abuelo, muy testarudo, bruto e inculto, cultivaba un pegujal muy pequeño, casi una huerta, en las afueras de un pueblo que tenía cincuenta vecinos, una iglesia y un cura.

Allí, su madre, Argimira Rodríguez, guisaba las coles de la huerta de mil maneras para que su numerosa prole, pues eran siete hermanos, no le hiciesen un plante, que por otro lado estaban muy lejos de hacer, ya que le temían verdadero terror al padre, Robustiano, que era feroz y brutal, como ya se ha dicho, y enseguida cogía una vara de fresno para quitarle el polvo a sus culos, como decía groseramente aquel patán. Y no solamente empleaba el arma con ellos, sino que también la usaba cuando llegaba borracho y le atizaba a su mujer que nunca gritó, pero después de la paliza sus hijos sí la sentían llorar por la noche, muy calladamente,



*Un antepasado en la huerta de Zaragoza.*

aunque a veces se le escapaba un hipido que les quebraba el alma.

Argimira se dejaba avasallar sexualmente, entre otras cosas, por su marido, y se quedó preñada innumerables veces, de las que por verdadero milagro, prosperaron siete; tres hembras y cuatro varones, el mayor Robustiano-Luis; el nombre fue idea de la madre, pues Luis era el padre de ella. De las hermanas, la mayor, que se llamaba María, era a la que más querían los varones, pues ella fue la que sustituyó a la madre en la crianza de los niños desde que nacieron, y a la que ellos querían con afecto de hijos más que de hermanos.

Robustiano era muy naturista para todo, al modo de Juan Jacobo Rousseau, pero en más bruto, aunque él no lo supiera, pues su cultura innata eran el sexo y las coles. Como criar las hortalizas, y como practicar el sexo en plan salvaje, y no la filosófica y literaria cultura francesa. Él no era hombre de letras, y sí empírico de esos dos temas en sus propias carnes. El primero lo aprendió con una prima mayor que él, en un recuadro de la huerta donde las coles estaban muy altas, y el segundo criando las mismas hortalizas con el sudor de su frente, según la maldición bíblica, de la que tampoco tenía mayores noticias, pues su padre era ateo, de familia atea, aunque ninguno de ellos se había parado a pensar por qué lo eran; así habían nacido y así se morirían, a pesar del latazo que le daban los sucesivos curas que por el pegujal aparecían periódicamente.

En cuanto llegaba a la parroquia un nuevo cura, enseguida era advertido por las beatas de turno, del núcleo subversivo que tan cerca tenían, y del peligro de contaminación que corría la comunidad católica del pueblo, que por otro lado era la única, y no tenía más competencia que el núcleo ateo de aquel pegujal.

Pero no había forma. No en balde eran aragoneses, y testarudos a fuer de ello. Muy testarudos, más de lo normal, eran auténticas rocas graníticas, en las que no entraba más que la naturaleza con sus estaciones cíclicas, que unos años venían a tiempo para las cosechas y otros no. Ellos se manejaban por el Almanaque Zaragozano, que para eso su inventor era paisano, pero claro que eso fallaba a veces, y a ellos les producía un trauma moral, que no económico ni físico, pues ya contaban con el fallo, y tenían sus reservas debajo del brocal del pozo, y eso era un secreto que se retransmitía de hijo en hijo, y en el lecho de muerte, y boca a boca en el último susurro audible en sus labios.

Así llevaban cuatro generaciones, y ya tenían un capitalito ahorrado, pero lo que no sabían era que ya algunas de las monedas estaba fuera de la circulación fiduciaria, aunque varias de ellas, tampoco lo sabían, tenían cierto valor numismático, aunque no llegaba a lo que ellos suponían era su valor contable. Eso tampoco lo sabía el Robustiano de nuestra historia.

El primero de los hermanos, Robustiano Luis, en su juventud decidió, apoyado muy en secreto por la madre, abandonar el deprimido agro, en vista del ambiente familiar que ya se ha descrito, y marchó a Barcelona para hacer fortuna como operario de la incipiente industria textil que había cobrado buena fama en el mundo entero por su buen hacer.